

## HACIA LA BATALLA DE AYACUCHO (I)

*La situación política del Perú*

En 1823 el Perú sufría la peor y más nefasta plaga que puede apoderarse de una sociedad en cualquier época de la historia. El monstruo de la anarquía nos devoraba y amenazaba los cimientos mismos de nuestra precaria soberanía.

En lo político, el Perú se dio el "lujo" de tener dos presidentes al mismo tiempo; uno en Trujillo, con José de la Riva Agüero y Sánchez Boqueto; el otro en Lima, bajo el mando del marqués de Torre Tagle. Ambos opositores se habían enfrascado en encarnizada y virulenta lucha, imputándose inyectivas, cargos y malsanos propósitos.

El reinstalado Congreso en Lima, cuyo Ejecutivo ocupaba Torre Tagle, el 8 de agosto de 1823, exonera del gobierno a Riva Agüero y lo declara reo de alta traición, haciendo extensivo este calificativo a todos los que lo apoyaran o reconociesen su espuria autoridad. Días más tarde, el 19 de agosto de 1823, el mismo Congreso ordena a todos los ciudadanos que lo persiguieran, ofreciendo otorgar el título de "Benemérito de la Patria" a quien lo aprehendiese vivo o muerto.

Por su parte, Riva Agüero, en Trujillo, mediante un ucuse ha disuelto el Congreso, el mismo cuerpo legislativo que lo había designado como primer presidente luego del motín de Balconcillo y del cual, no obstante, emanaba su única fuente legítima de poder. Seguidamente, y para llenar este vacío, establece un órgano apéndice que denomina eufemísticamente "Senado".

La anarquía política había degenerado en caos social. Partidas de malhechores puluían y se posesionan de algunas calles de Lima y sus alrededores. Ante este desquiciamiento y amenaza hubo que crear el Tribunal de la Acordada, con facultades amplias y de ejecución sumarsima que pueda frenar los desvaríos.

Y lo peor de todo es que mientras los peruanos nos dividíamos y anarquizábamos, casi la mitad del territorio patrio se encontraba bajo férreo dominio de los españoles, que contaban con un ejército de aproximadamente 20 mil soldados bien equipados, adiestrados y con una moral alta por sus sucesivas victorias militares desde hacía 14 años.

Este poderoso ejército realista se encontraba dividido en esta forma: la zona del valle del Mantaro, con sede en Jauja, ocupada por las tropas del general Canterac, denominado Ejército realista del Norte, que al acecho y en las alturas oteaba la capital para tomarla en cualquier momento; el Ejército realista del Sur, compuesto por las poderosas huestes del experimentado virrey La Serna, en el Cusco, del general Ramírez, acantonada

do en Arequipa, del mariscal de campo Carratalá en Puno, y el Alto Perú dominado por el general Olañeta, que más tarde entraría en discordia, por posiciones políticas e ideológicas, con el virrey, situación que sería aprovechada magníficamente por Bolívar para iniciar la ofensiva.

Esta situación difícil era observada por Bolívar desde Colombia. En carta a Santander, de fecha 23 de julio de 1822, le dice:

"Hay allí, mi querido general, tantos partidos, tantos enredos, está aquello en tal estado de horrible anarquía que me espanto, me horrorizo, al considerarme metido en aquellos enredos".

A esta triste situación se había llegado en 1823, año trágico para los patriotas. En enero y mayo se habían desarrollado

la primera y segunda expediciones por puertos intermedios que culminaron en fracaso. La primera bajo el mando de la Suprema Junta de Gobierno, experimento abortado de un Poder Ejecutivo dominado por el Congreso que, evidentemente, no era el medio más eficaz para afrontar labor de gobierno alguna y, menos aún, para llevar a cabo una guerra tan dura contra los españoles, que era su primerísima labor.

Sobre las nefastas consecuencias de la constitución y dirección de un Poder Ejecutivo controlado por el Congreso, o Suprema Junta Gubernativa del Perú, compuesta de un triunvirato conformado por La Mar, Alvarado y Salazar y Baquijano, este último cuyo único mérito era, según apunta Basadre, el de tener un título nobiliario y bienes materiales, Bolívar escribe a Santander el 11 de octubre de 1822:

"La Mar es el mejor hombre del mundo, porque es tan buen militar como hombre civil. Es lo mejor que conozco; pero la composición de ese gobierno es mala, porque el Congreso es el que manda y el triunvirato es el que ejecuta, es decir que va a haber una mano para obrar y veinte cabezas para deliberar; yo preveo funestísimas consecuencias de un principio tan vicioso".

Las funestísimas consecuencias se dieron el 19 y 23 de enero de 1823, en las batallas de Torata y Moquegua. En éstas, nuestro ejército de 3 mil 500 soldados, dirigido por el timorato general Alvarado, fue reducido a cerca de mil ó 500 efectivos, según unos. Fuimos, pues, completamente derrotados y sentimos de cerca el final de nuestra flamante república y lo desastroso de este experimento de gobierno.

Este poderoso ejército realista se encontraba dividido en esta forma: la zona del valle del Mantaro, con sede en Jauja, ocupada por las tropas del general Canterac, denominado Ejército realista del Norte, que al acecho y en las alturas oteaba la capital para tomarla en cualquier momento; el Ejército realista del Sur, compuesto por las poderosas huestes del experimentado virrey La Serna, en el Cusco, del general Ramírez, acantonada

